

# **La Guerra del Cristiano**

*Un sermón basado en Romanos 7:24*

Por Rev. C. Harinck

Lectura Bíblica: Romanos 7:7-26

Salterio 128:1, 3

Salterio 151:1-6

Salterio 353:1, 3

Salterio 357:3, 4

Congregación, es muy destacable que en el libro *“El progreso del peregrino”* de Juan Bunyán, el viaje de Cristiano desde la Cruz del Calvario hasta la Ciudad Celestial es más largo que su viaje desde la Ciudad de la Destrucción a la Cruz del Calvario. Pareciera que después de que Cristiano encontró el perdón en la Cruz del Calvario, el aún tenía que recorrer una viaje largo y difícil. La parte más larga y más difícil de su viaje fue la parte desde la Cruz del Calvario hasta la Ciudad Celestial.

Aquí aprendemos que después de que un cristiano encuentra la paz en la expiación de Cristo, no han terminado todas sus luchas y dificultades. Al contrario, somos enseñados por Bunyán que estamos sólo al principio de ese largo y difícil camino a través del desierto de esta vida hacia la Ciudad Celestial. Esperamos hablar de este viaje del verdadero cristiano, y pueden encontrar nuestro texto en la porción que hemos leído, en Romanos 7, versículo 24: *“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”* Nuestro texto habla acerca de: **La guerra del cristiano.**

Consideraremos los siguientes tres puntos:

- 1. El deleite del cristiano.**
- 2. El conflicto del cristiano.**
- 3. La liberación de un cristiano.**

## **1. El deleite del cristiano**

Los verdaderos creyentes son conocidos por su paz con Dios a través de Jesucristo, su Señor. Los verdaderos creyentes son conocidos por su esperanza en la bendición eterna. Los verdaderos creyentes son conocidos por el gozo que tienen en Dios a través del Espíritu Santo.

Si la vida espiritual de un creyente es saludable, entonces los hombres y mujeres no creyentes del mundo deberían sentir que el creyente tiene algo que ellos mismos no tienen. Reconocen que el cristiano tiene una paz interior, un consuelo celestial y una fuerza que ellos no conocen. Los no creyentes deben confesar: “Esta persona tiene una esperanza en una dicha eterna la cual yo no poseo”. Así los creyentes son conocidos por su paz, esperanza, fuerza y gozo en Dios. Un verdadero cristiano tiene algo de lo que otros pueden estar celosos.

No obstante, los verdaderos cristianos también son conocidos por su guerra y angustia. Hay que decir que son especialmente conocidos por su lucha, por la batalla que tienen que pelear. Hay que decir que la alegría y la paz de los creyentes son por lo general sólo de corta duración. Su gozo y paz es prontamente estorbada, pero su guerra contra el pecado y el diablo continúa hasta que lleguen a las puertas del cielo.

Romanos 7 describe la guerra santa en el alma de un hijo de Dios. ¿No dijo Lutero: “Dentro de los Salmos vemos dentro del corazón de los santos?” Así que podemos decir de Romanos 7: “Aquí vemos dentro del corazón de Pablo”. Cuando miramos dentro del corazón del apóstol Pablo, y vemos que su vida interna era de continua lucha entre la carne y el espíritu, una lucha entre la nueva naturaleza y lo restante de la vieja naturaleza. En Romanos 7 nos encontramos con dos principios contrarios. Leemos en este capítulo bien conocido de la Epístola a los Romanos sobre un conflicto incesante entre la carne y el espíritu. Aquí el apóstol retrata con un pluma maestra, con él mismo como ejemplo, las luchas espirituales de un alma nacida de nuevo, las luchas de un hijo de Dios. El ilustra, con referencia a su experiencia personal, el conflicto incesante que está en el corazón de los verdaderos creyentes. Describe el conflicto entre la nueva naturaleza y lo restante de la vieja naturaleza.

Esta experiencia del apóstol Pablo es tan extraña para muchos predicadores modernos, de modo que dicen de Romanos 7: “Lo que el apóstol Pablo describe aquí es su lucha antes de su conversión. Describe su vida antes de venir a una aceptación personal de Jesucristo como su Señor y Salvador”. Creen que cuando una persona se ha convertido a Dios y ha recibido a Cristo como su Salvador personal, entonces toda lucha se acaba, y que tal hombre siempre puede regocijarse y adorar. Piensan que él o ella pueden vencer el pecado y vivir en completa santidad de corazón y vida. No pueden ver como tal persona puede venir a un estado tan bajo como el de Pablo cuando dijo: “*¡Miserable de mí!*”

Otros dicen que Romanos 7 describe la experiencia de Pablo antes de que llegara a la certeza completa de su fe, de que Cristo fuera su porción y su Salvador. Hablan de pasar de Romanos 7 y entrar en Romanos 8. Dicen: ‘Olvidémonos del pecado y la lucha y vamos a la alegría y el regocijo’.

Oh, ¡qué guías ciegos de ciegos son! No entienden que también en Romanos 5 el apóstol Pablo había dicho: “*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo*”. No entienden que después de las más grandes bendiciones espirituales, siempre volvemos a Romanos 7: “*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*”

En Romanos 7 se nos muestra la guerra de un creyente nacido de nuevo. Leemos de la guerra de un cristiano establecido, de un hombre que puede decir que tiene paz con Dios a través la sangre de Jesucristo. Por lo tanto Romanos 7 describe el conflicto que comienza en el corazón de cada creyente verdadero. Y cuando alguien dice que no conoce la vida que es descrita en Romanos 7, entonces tenemos la libertad de decir que no conoce para nada la verdadera vida espiritual y que es ajeno a la vida de la gracia.

El apóstol comienza diciendo en el versículo 22: “*Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios*”. Nos dice cuál es su deleite, su gozo y su felicidad. Notamos que su deleite está en la ley de Dios por el hombre interior. Esto es el deleite de un creyente nacido de nuevo. Es el deleite de una nueva vida de gracia: amar a Dios, refugiarse en Él, hacer Su voluntad, y caminar en Sus mandamientos. Esa nueva vida desea crucificar la carne, crucificar la vieja naturaleza, negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguir a Cristo. Esa nueva vida se deleita en la ley Dios. Ese es su deleite. El hombre nacido de nuevo dice con David: “*¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación*”.

En estas palabras somos enseñados que los hijos de Dios no sirven a Dios a la fuerza, sino voluntariamente. No sirven a Dios porque tengan miedo del infierno o el castigo. Es su deleite guardar los mandamientos de Dios, andar en Sus caminos, servirlo, amarlo, estar unidos a Él. No desean otra cosa que estar unidos a aquel único Dios, Quien ha sido misericordioso y lleno de gracia para con ellos. No desean otra cosa que seguir a ese precioso Salvador que los compró con Su preciosa sangre. Cada hombre nacido de nuevo puede decir con Pablo: *“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”*.

Por naturaleza el hombre odia la ley de Dios. El hombre odia la Ley y sus demandas: “Harás esto” y “No harás aquello”. El hombre natural ama el pecado y por lo tanto odia la Ley, porque la Ley se le opone en todo lo que ama. La Ley se opone al pecado y a la inmundicia, así que el hombre natural odia el rigor de la Ley. Pero el hombre nacido de nuevo puede decir con Pablo: *“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”*.

Pablo dice: *“En el hombre interior”*. Él podría explicar esto diciendo: “Desde lo profundo de mi corazón”. El apóstol Pablo quiere decirnos que él realmente ama la Ley de Dios, y que su único deseo era caminar en los mandamientos de Dios. Cuando el apóstol habla de tratar con guardar los mandamientos de Dios, habla de deleite. Él dice: *“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”*. No sólo habla de deseo, sino también acerca de un deleite. Llama al servicio de Dios su deleite. ¿Quién es capaz de expresar el gozo interior que se encuentra en servir a Dios? ¿Quién puede describir la dulzura que se saborea al estar unido a Dios, de andar en Sus caminos? Las palabras no pueden expresar el gozo que puede ser encontrado en la comunión con Dios y en encontrarse con Él en el camino de Sus ordenanzas. Es el lenguaje de un corazón nacido de nuevo. *“Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos. Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad”*. (Sal. 84:10). Cuando le preguntas a Pablo: ‘Pablo ¿cuál es tu deleite?’, entonces su respuesta sería: ‘¡Mi deleite es la ley de Dios! Desde el fondo de mi corazón; en el hombre interior, esa es mi felicidad, servir a Dios, estar unido Él, seguirlo y amarlo’.

Es el deleite de un alma nacida de nuevo sentarse a los pies de Jesús como lo hizo María, negarse a sí misma, tomar Su cruz y seguir al Salvador, humillarse ante Dios, guardar Sus mandamientos, andar en Sus caminos, estar lejos del pecado y acercarse a Dios. Ese es el deleite de un cristiano. Cuando le preguntas a un cristiano: “¿Cuál es tu deleite?”, su respuesta será con Pablo: *“Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”*.

Pero cuando le preguntas: “¿Cuál es tu carga?”, entonces dirá lo que Pablo dice en el verso 23: *“Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”*. Hablemos de esto en nuestro segundo pensamiento, donde esperamos a ver:

## **2. El conflicto de un cristiano**

Cuando por la gracia de Dios un pecador ha sido sacado del mundo, y su forma de vida malvada ha sido cambiada, entonces tal persona a menudo piensa que dirá “Adiós” eternamente al pecado y al mundo. Cuando llega a una ruptura con el pecado, cuando ha tomado la bendita decisión de Moisés, antes ser

maltratado con el pueblo de Dios que disfrutar de los placeres del pecado por un tiempo, él diría: ‘Ahora yo nunca pecaré más’. Él ahora dice al pecado y al mundo: “¡Vete!” Estima los reproches de Cristo como riquezas mayores a las de Egipto. Con Josué toma el juramento y dice: *“Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”*.

El pecador convertido espera vencer el pecado y el mundo. Tiene la esperanza de ir viento en popa y al final aparecer con gozo en Sion delante de Dios. Pero un pequeño aliento de tentación le enseñará otras cosas. Descubrirá lo que se encuentra en su corazón. Le enseñará la humillante lección de que aunque él ha dicho “Adiós” al pecado y al mundo, aún existe un mundo de pecado dentro de él. Entonces clamará con Pablo: *“Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”*.

Pablo dijo que su deleite estaba en la ley de Dios en el hombre interior. *“Pero veo otra ley en miembros”*. Pablo habla de ‘otra’ ley, otro poder, otro principio, un principio contrario a la ley de su mente y contrario al deseo y deleite de la nueva naturaleza. Es el principio malvado de nuestra naturaleza caída. Es la corrupción que se unirá a nosotros en todo lo que pensamos, en todo lo que decimos y en todo lo que hacemos. Es esa profundamente corrompida enfermedad del alma que hemos heredado de nuestros primeros padres. Y ¿qué hace esta ley? Leemos: *“Se rebela contra la ley de mi mente”*. El resultado es una guerra santa. Nunca puede haber paz con el pecado en el corazón de un verdadero creyente. Hay una guerra en curso contra el pecado y el viejo hombre. Ciertamente disfrutaban la paz con Dios a través de Jesucristo. Hay reposo cuando pueden descansar en Su expiación, pero me refiero a que nunca puede haber paz con el pecado. Siempre está el conflicto, siempre está la guerra, siempre una guerra dentro del hombre nacido de nuevo, una guerra constante con el viejo hombre de pecado.

Hay dos grandes ejércitos peleando dentro del alma del creyente. En un lado está el diablo con toda la corrupción de nuestra vieja naturaleza a sus órdenes, con todo el mundo y sus lujurias a sus órdenes. En el otro lado está el Espíritu Santo. Y a Sus órdenes está la nueva criatura, con ese nuevo principio plantado en el corazón de un hombre nacido de nuevo. Y así se cumple lo que el apóstol dice: *“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne”* (Gal 5:7).

En este conflicto, en esta batalla, el pueblo de Dios no siempre triunfa. Puede ser que bajo las bendiciones de la gracia de Dios sobre el alma, el pecado se disminuya; es así especialmente cuando sentimos la cercanía y el amor del Señor Jesús y disfrutamos de la misericordia y del perdón del Señor. Podría parecer que ya no hay pecado en nuestros corazones. El mundo está bajo nuestros pies y estamos por encima del pecado y el mundo. Pero después de eso siempre tenemos que experimentar que nuestros enemigos sólo están silenciosos por un tiempo. Sólo están esperando una buena oportunidad para venir otra vez con sus tentaciones. A menudo el mismo diablo que tiramos por la puerta del frente intenta entrar en nuestro corazón de nuevo por la puerta trasera.

Lo que queda del viejo hombre en el creyente es a menudo como un volcán. A veces el volcán duerme y no envía nada sino un pequeño humo. Viendo el volcán así, no pensaríamos que pudiera ser una cosa tan peligrosa. Pero debajo del humo, muy profundamente en el fondo del volcán, el fuego está latiendo todo el tiempo y pronto puede estallar y destruir todo. Así es con la corrupción de nuestro corazón. Bajo la

influencia de la gracia de Dios, y especialmente mientras disfrutamos de la cercanía y la ternura de nuestro salvador Jesucristo, puede ser como si no hubiera mundo ni pecado. En un momento tal como ese es como si estuviéramos por encima del pecado y no fuéramos molestados por la corrupción de nuestro corazón. Pero la corrupción del pecado es como aquel volcán del que hablamos. El volcán duerme, pero el fuego aún está allí. Nuestros enemigos permanecen quietos hasta la hora en la cual nos descuidamos. El pueblo de Dios tiene que experimentar lo que Pablo dice aquí: *“Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”*.

Los hijos de Dios a menudo son derrotados por su enemigo de tres cabezas: el diablo, el mundo y su carne pecaminosa. Es especialmente contra los remanentes de la vieja naturaleza, la carne pecaminosa, que sufren derrota. Muy a menudo su experiencia es con Pablo: *“Queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí”*. Cuando intentamos ser santos, somos llevados cautivos por la impiedad; cuando intentamos tener una mente celestial, somos detenidos por la mentalidad terrenal. La contienda y la lucha siempre están allí. Es como el apóstol dice: *“Otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”*. Eso hace que el exclame lo que leemos en nuestro texto: *“¡Miserable de mí!”* En sí mismos, los hijos de Dios tienen los restos de un hombre miserable.

No debemos mal interpretar esta confesión del verdadero creyente. Cuando hablamos del verdadero creyente como un hombre miserable, esto no significa que los hijos de Dios sean personas miserables. No hay nadie en este mundo tan feliz como un verdadero creyente. No hay nadie en este mundo tan rico como una persona que ha nacido de nuevo. Dios es su porción para siempre. Cristo es su Salvador. En Cristo tiene el perdón de todos sus pecados. Tiene al Espíritu Santo habitando en él. Tiene la esperanza de una gloria eterna extendida delante de él. Nadie es tan feliz y tan rico en este mundo como el verdadero creyente; y sin embargo, muchas veces clama: *“¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”*

¿Cómo es esto posible? Esto es posible porque existe una diferencia entre estar en un estado de bendición y sentirse bendecido. Noé y su familia estaban completamente seguros en el arca, y sin embargo, no siempre se sintieron seguros cuando la tormenta enfurecía, las bestias rugían y las olas golpeaban el arca.

El verdadero creyente es la persona más feliz y más rica de todo el mundo y sin embargo, a menudo clama: *“¡Miserable de mí!”* Lloro cuando siento la enfermedad en su corazón; cuando siento esa enfermedad del pecado profundamente arraigada en el alma. El verdadero creyente clama: *“¡Miserable de mí!”* cuando es confrontado por los restos del viejo hombre. Muy a menudo descubre cuán corrupto es por dentro y que no puede servir a Dios como Él es digno de ser servido. Cuando el verdadero creyente trae a su memoria que ha sido comprado por precio y que por lo tanto está bajo una obligación sagrada de glorificar a Dios en cuerpo y alma, especialmente siente sus defectos y grita: *“¡Miserable de mí!”*

Este fue el llanto del apóstol Pablo, un hombre redimido por la sangre de Cristo, y un hombre que pudo decir: *“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”*. Fue un hombre que había sido llevado al tercer cielo y que había oído cosas indecibles de las

que dice: *‘No le es dado al hombre expresar’*. Este hombre que había tenido tantas experiencias bendecidas de la gracia y la misericordia de Dios, tal hombre grita: *“¡Miserable de mí!”*

Eso es lo que queda del hombre cuando es enseñado en la escuela de Jesús, porque entonces siente cuán lejos está del estándar de Dios. Cuando siente cuán abajo del nivel de un verdadero cristiano se encuentra y lo mucho que ha ofendido en muchas cosas, clamará: *“¡Miserable de mí!”* No, no es sólo el creyente descarriado quien confesará: *¡Miserable de mí!* Es la persona que está en verdadera comunión con Dios y en comunión con Cristo. Incluso deberíamos decir, mientras más cerca es traído un pecador a Dios y a Cristo y más experimenta el amor del Salvador, más sentirá su lejanía del estándar de Dios.

Es el mayor y no el más débil de los creyentes quien gime: *“¡Miserable de mí!”* Cuando Abraham caminó con el Señor, exclamó: *“He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza”* (Gn. 18:27). Cuando Job se encontró cara a cara con el Señor dijo: *“De oídas te había oído; mas ahora mis ojos te ven. Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza”* (Job 42:5-6). Cuando Isaías entró en la presencia del Señor dijo: *“¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios”* (Is. 6:5), y cuando Juan, en la isla de Patmos, conoció al Salvador exaltado, Cristo, en Su gloria, cayó a Sus pies como muerto. Es la confesión de lo mejor del pueblo de Dios, de los más eminentes de los creyentes: *“¡Miserable de mí!”*

Esto es algo muy diferente al lenguaje de los así llamados predicadores de vida victoriosa. Es como si ellos supieran sólo un texto de la Biblia, es decir, este: *“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”*. (Juan 10:10). Según ellos la vida de un cristiano es sólo felicidad, gozo y victoria. No conocen nada sobre la lucha, la lucha contra el pecado, el diablo y el mundo. Ellos siempre pueden adorar y servir a Dios. Llaman al lenguaje de Pablo un lenguaje insalubre y dicen de las quejas del verdadero pueblo de Dios: *“Eso no es nada sino un misticismo falso”*. Pero es una señal muy saludable. ¿Puede ser esto cierto? ¿Puede ser ésta queja un signo de una fe sana? Mi respuesta es, sí. ¡Un signo muy saludable de hecho! Es muy saludable estar en guerra contra el pecado, el diablo y el mundo, y es muy insalubre estar en paz con el pecado y el diablo. Es una señal muy saludable gemir a causa de los restos del viejo hombre y por ser librado del cuerpo de muerte. La confesión de un cristiano desengañado es *“¡Miserable de mí!”*

La verdad es que nadie se queja más del pecado que aquellos que han sido redimidos de él. Al hombre que se le perdona mucho, amará mucho. Cuando John Bradford, quien fue martirizado durante el reinado de la sangrienta reina María, escribió una carta a su compañero de prisiones un día antes de su ejecución, se describió a sí mismo como *‘el pecador John Bradford, el más miserable, pecador desagradecido y de duro corazón’*. Y el día siguiente ese hombre murió por Cristo con gran gozo y libertad.

El piadoso Rutherford escribió: *‘Este cuerpo de pecado y corrupción amarga y envenena nuestro gozo; oh, que esté donde ya no he de pecar más’*. John Newton, cuando se le preguntó acerca de su vida anterior y su vida cristiana, dijo: *“Yo estaba avergonzado de mí mismo cuando empecé a buscar a Cristo; estoy más avergonzado ahora después de haber encontrado a Cristo”*.

La conclusión de los predicadores modernos, quienes enseñan que un cristiano puede llegar a la perfección en esta vida y no tener ninguna lucha con el pecado, es concluir que la declaración de Pablo es

de lenguaje poco saludable. Pero la Biblia nos enseña que es un lenguaje muy saludable el gemir por causa de los restos del pecado, gemir que no podemos ser lo que deberíamos ser y que no podemos servir a Dios de la manera en la que Él se lo merece. Ese es el conflicto; esa es la batalla luchada por los creyentes. El pueblo de Dios puede estar más de acuerdo con ese lenguaje que con el lenguaje de aquellos que están siempre adorando a Dios, quienes siempre pueden glorificar a Dios, quienes están llenos de celo por Cristo y Su reino, quienes no tienen conflictos ni lucha en absoluto, y que sobreabundan con buenas obras.

Pero por otro lado, congregación, no debemos malinterpretar al apóstol Pablo, porque cuando el apóstol Pablo se queja, *¡Miserable de mí!*, también leemos que él no descansa en esta queja. Él no vive en paz con su imperfección. Al contrario, él clama por liberación: “*¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*” Pablo buscó liberación y tenía un gran anhelo de ser librado de los restos del viejo hombre. Él no se resignó. Él no se esconde detrás del hecho de que los mejores en el pueblo de Dios son imperfectos y que por lo tanto no es necesario vivir una vida de santidad.

Romanos capítulo 7 ha sido terriblemente mal utilizado a través de los años. Malinterpretamos Romanos 7 cuando nos escondemos detrás de la doctrina de la corrupción del hombre para vivir una vida de pecado en lugar de una vida de santidad. No, el apóstol deseaba ser librado del viejo hombre. Esa es una señal verdadera de un creyente nacido de nuevo. El mundo entero está bajo el poder del pecado, pero eso no le molesta al mundo ni es un problema para el hombre pecador, ya que él está bajo el poder del pecado. No los conduce a estar en sus rodillas y clamar: *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* Pero el corazón renovado sufre bajo los restos del viejo hombre y clama por liberación: “*¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*”

“*¿Quién me librará?*” dice Pablo. Podría parecernos que Pablo ha ido a todos lados buscando la liberación de los restos del viejo hombre. Pero él sabía desde su propia experiencia amarga que no había liberación ni en la Ley ni en sus mejores intenciones. Por lo tanto él dice ¿Quién? ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¿De dónde vendrá la liberación? ¿Quién me librará de los restos del viejo hombre? Es la pregunta del pueblo de Dios. A menudo se encuentran en el suelo, destrozados en sus propias fuerzas, sabiendo que la Ley no ayuda, que sus mejores intenciones no ayudan, y que tampoco sus propias fuerzas ni su desempeño. Entonces la pregunta se vuelve una realidad viva: *¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*

Pero el apóstol encontró la respuesta a esta pregunta. Lo leemos en el versículo 25: “*Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor*”. Hablemos sobre esto en nuestro último pensamiento, donde veremos: La liberación de un cristiano, pero primero cantamos desde **Salterio 353, las estrofas 1 y 3**.

### **3. La liberación de un cristiano**

El apóstol clamó, ¿Quién? “*¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?*” Había estado buscando la liberación de un pecador tan desesperado y miserable. Alguien que podía decir: “*Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios*”. Estaba buscando dónde podía encontrar liberación, y tenía que confesar: ‘No puedo servir a Dios como el merece ser servido’. “*Pero veo otra ley en mis miembros, que*

*se rebela contra la ley de mi mente*". Miró a su alrededor y no pudo encontrar liberación. Entonces en un momento tuvo una visión de Cristo, y por fe vio cómo fue entregado por nuestras ofensas y crucificado para nuestra justificación, Él Quién de Dios se hizo para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención. Y entonces él dice: "*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro*".

El apóstol vio que en Cristo era más que vencedor. El apóstol vio que aunque la batalla aún estaba en su corazón, Cristo ya había ganado esa batalla cuando exclamo en la cruz: "*¡Consumado es!*" Él vio que aunque la batalla estaba aún dentro de él, Cristo había sido ya el gran Vencedor y que en Cristo él era más que vencedor. De alguna manera el apóstol entendió que estaba peleando una batalla ganada. Esto lo hizo hacer lo que Josafat hizo antes de la batalla contra los amonitas y los moabitas. Adoró y agradeció a Dios por la victoria antes de que la batalla estuviera ganada (2 Crónicas 20).

De la misma manera Pablo agradeció a Dios por el triunfo antes de que el conflicto hubiera terminado en su corazón. Cristo había ganado la batalla por él, y en Cristo él podía ser más que vencedor. Pablo tenía que confesar: 'La batalla aún está dentro de mí'. Pero ahora podía decir: 'Pero Cristo ha vencido al diablo, el pecado y todo su domino. En Cristo y a través de Él soy más que vencedor'. El apóstol vio que Cristo ya había vencido el pecado en la cruz, donde borró la letra de la Ley que estaba contra nosotros. Ahora el pecado puede deprimir al pueblo de Dios. Puede hacerlos sufrir y privarlos de la paz en sus corazones, pero Cristo siempre tendrá la última palabra. El pecado nunca logrará la victoria, pues no están bajo el pecado, sino bajo la gracia. Están bajo un reino seguro, es decir el reino de gracia, bajo el reino de ese misericordioso y Gran Sumo Sacerdote lleno de gracia, Jesucristo. En Cristo Pablo era más que vencedor.

En su lucha el apóstol Pablo vio a uno que había vencido, y no sólo eso, sino que también vio a uno en Quien liberación y consuelo podían ser encontrados para una criatura tan miserable como él, un pecador que dijo: "*¡Miserable de mí!*"

Así vemos cómo Jesús es la liberación de un cristiano, y eso no sólo en cuanto a la justificación, sino también la santificación. Oh, cuan bienaventurado es el hombre que es enseñado por el Espíritu Santo para encontrar a Jesucristo como el fundamento de su justificación, sino también para encontrar que Cristo ha sido dado también como su santificación. Es una gran bendición saber y experimentar que Su preciosa sangre no sólo fue expiación por el pecado en la cruz, sino también la limpieza diaria del pecado, y que tiene la fuerza para romper el poder del pecado.

Pablo vio y encontró fuerza y consuelo en el hecho de que el diablo nunca podría deshacer lo que pasó en la cruz del Calvario. Allí el pecado y el diablo habían sido derrotados. Cristo ha vencido y está siempre a la derecha del Padre haciendo intersección por nosotros. Él ha prometido que las puertas del infierno no prevalecerán contra Su Iglesia.

La batalla continúa. El pecado y el diablo nos perseguirán hasta las mismas puertas del cielo. Y aun el apóstol Pablo dice: "Gracias doy a Dios". En Cristo somos más que vencedores, es decir, en el Quien nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros. En Cristo el apóstol vio gracia suficiente para él, gracia para sostenerlo hasta el final y la promesa de que el pecado sería desarraigado del completamente. El apóstol vio como el conflicto con el pecado cesaría en las puertas del cielo, y entonces estaría siempre con el

Señor. Con los ojos fijos en ese futuro, el apóstol Pablo pudo decir en medio de su conflicto con el pecado: *“Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”*.

Por lo tanto, levanten sus cabezas, creyentes luchadores y tambaleantes. Levanten sus cabezas, pues sus gemidos a causa de los restos del viejo hombre serán cambiados por cánticos de alabanza. En Cristo somos más que vencedores, pues la batalla puede estar aún en sus corazones pero Cristo ha ganado la victoria. Ha vencido el diablo, el pecado y todo su dominio. Él ha prometido: *“El pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”* (Ro. 6:14). Están peleando una batalla ganada, una batalla que ya ha sido ganada por Jesucristo, tu Señor y Salvador.

Amado, ahora la gran pregunta es, ¿eres tú un cristiano? Hemos hablado de la vida de un cristiano, y ahora debes dar respuesta a esta pregunta. ¿Eres cristiano? ¿Cuál es tu deleite? ¿Cuál es tu carga? ¿Cuál es tu liberación?

La primera pregunta es, ¿Cuál es tu deleite? Pablo dice: *“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”*. Si el mundo es tu deleite, si el pecado es tu deleite, si el dinero es tu deleite, entonces no eres cristiano, porque entonces has fallado la primera señal de un cristiano, y esa primera señal es *“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios”*. Esa primera señal es decir con Asaf: *“Pero en cuanto a mí, el acercarme a Dios es el bien”* (Sal. 73).

La siguiente pregunta es: ¿Cuál es tu carga? ¿Cuál es tu conflicto? ¿Es el pecado una carga para ti, y de hecho la mayor carga?

Y la última pregunta es: ¿Cuál es tu liberación? ¿Es Cristo tu liberación? ¿Es Cristo tu única esperanza? o ¿tienes otros fundamentos y esperanzas? ¿Qué sabes acerca de la confesión y queja de Pablo, *“¡Miserable de mí!”*? Esta es la primera y la continua lección que se nos enseña en la escuela de Jesús, que somos miserables y pecadores. La primera cosa que tenemos que saber es cuán grandes son nuestros pecados y miserias. No puedes saltarte esta lección, porque si lo haces, serías como alguien que quiere aprender a leer sin querer aprender el alfabeto primero. Debemos aprender primero esa lección, *“¡Miserable de mí!”*, porque sólo cuando el pecado causa dolor y se convierte en una carga buscaremos liberación del pecado.

¿Qué sabes de ese clamor por liberación? *“¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”* Cuando el pecado nos causa dolor, cuando el pecado es nuestra mayor carga, buscaremos liberación no sólo de las consecuencias del pecado, sino del pecado mismo. ¿Puedes decir con toda confianza: *“Desearía que todos los pecados en mi estuvieran muertos?”* y ¿qué sabes acerca de: *“Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor”*?

La Biblia habla sobre tres cosas, es decir, un verdadero conocimiento de nuestros pecados y de nuestra miseria, una necesidad de ser librados y de buscar nuestra liberación en Cristo, pero también sobre la gratitud. No debemos olvidar la última parte, la parte de la gratitud. ¿Qué sabes del gran Libertador? ¿Qué significa Cristo para ti? ¿Quién dices que es el Cristo? ¿Puedes decir que Él es la única esperanza para tu justificación, santificación y completa redención? Realmente puedes decir: *“¿A quién iré, tú tienes palabras de vida eterna?”* (Juan 6:68). ¿Puedes decir con Ambrose: *“Prefiero que me falte el sol en el*

firmamento a que me falte ese Sol de Justicia que brille sobre mí y que pueda encontrar sanidad bajo sus alas”?

¿Eres cristiano? ¿Cuál es tu deleite? ¿Cuál es tu conflicto y tu carga? ¿Cuál es tu liberación? ¿Cuál es tu gratitud? Son preguntas que requieren una respuesta. La lucha continuará. Es una lección dolorosa de aprender la que leemos aquí del apóstol Pablo: *“Queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí”*. Pero es una lección muy necesaria. ¿Qué será de nuestra humillación y de nuestro auto aborrecimiento si no se nos enseña esta lección continuamente? ¿Qué será de nuestra búsqueda de libertad fuera de nosotros mismos en el Señor Jesucristo? Necesitamos esta lección para humillarnos en el polvo y enseñarnos cuanto necesitamos a Jesucristo, incluso después de nuestra justificación.

¡Cuánto necesitamos de Cristo siempre! Calvino dice: “Una vida cristiana es una vida Cristocéntrica”. Leemos en Colosenses que Pablo dice: *“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”* (Col. 1:19). Le agradó a Dios que en todo nuestro vacío nos encontráramos nuestra plenitud en Él. Una vida cristiana es una vida Cristocéntrica. El hombre más ejercitado por Dios es el que se humilla a sí mismo más profundamente.

*“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?”* Esta fue la queja de Pablo y a menudo es la queja del pueblo de Dios. Y sin embargo no termina allí con Pablo. El termina diciendo: *“Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”*, Amén.